

sas, devota una de la Virgen de Montserrat, los Españoles; otra de la Virgen de Guadalupe, los Indios del Anahuac. Gracias á revolucionarios generosos llegados de la misma península para dar á los rebeldes del Anahuac un sentido más elevado de la guerra que había costado ya tantas víctimas, se proclamó por fin la independencia de «Nueva España», conocida desde entonces con el nombre de Méjico, y los Gachupines, denominación injuriosa con que se designaba á todos los Españoles, hubieron de abandonar el Nuevo Mundo. ¡Pero cuántas veces la república mejicana se asemejó á un imperio absoluto, á una herencia de Motezuma!

En cuanto á las poblaciones de la América Central, divididas actualmente en cinco repúblicas diferentes, no dedicaron á la lucha contra España más que una acción indolente, y sufrieron sucesivamente tiranías diversas, cuya etiqueta es republicana desde 1823. El trabajo íntimo que se produjo en esas naciones donde, excepto Costa Rica, el elemento indígena, todavía mal «latinizado», dominó mucho, consistió principalmente en el conflicto entre las dos tendencias: la centralización política y la autonomía local. La falta forzada de relaciones entre focos de vida muy lejanos, sin ningún centro potente de atracción considerable, necesitó la ruptura de la región ístmica en Estados correspondientes á otros tantos países, cada uno de los cuales tiene su carácter físico bien determinado, una verdadera individualidad geográfica. Guatemala posee una osamenta continua de mesetas y de conos volcánicos paralelos al Océano; Salvador, mucho más populoso en proporción, pero de menor extensión, abre amplios valles entre sus alineados volcanes; Honduras se despliega en un inmenso abanico hacia la costa baja del mar de las Antillas, en tanto que su vertiente meridional se inclina en hemicírculo regular alrededor del golfo de Fonseca; Nicaragua sólo tiene regiones pobladas sobre el contorno de su gran lago, elevado solamente una treintena de metros sobre el mar, y Costa Rica es una zona transversal de gran elevación que se levanta entre los dos mares y se halla guarnecida al norte por una cadena de volcanes. El conjunto de la América Central, sinuoso y recortado, no tiene unidad geográfica, y la naturaleza, tanto como la rivalidad de las ambiciones locales, ha contribuído al fracaso de las tentativas de

federación reproducidas diferentes veces en el curso del siglo XIX.

En el continente meridional del Nuevo Mundo, los grandes intereses habían gravitado principalmente alrededor de Buenos Aires y del estuario del Plata, cuya importancia comercial era ya grande, siendo fácil prever sus altos destinos mundiales. Los Ingleses, convertidos en los dueños absolutos del Océano después de la destrucción de las flotas española y francesa en Trafalgar, se apresuraron á hacer una demostración naval en 1806 delante de Buenos Aires y á proponer á los Argentinos su patrocinio y su concurso en caso de insurrección contra España; pero se desconfió prudentemente de sus interesados ofrecimientos, y por dos veces los «Porteños» ó residentes del puerto de Buenos Aires les obligaron á reembarcarse: ya pensaban en la plena independencia, y á partir del principio de 1810 se instaló una junta revolucionaria en la capital. Los insurrectos, en pocos años, arrancaron todo el territorio de la Argentina á la dominación de los Españoles. Respecto del territorio natural comprendido entre los dos ríos Paraguay y Parana, sus habitantes, Guaranis silenciosos, obedecían con fervor á la pequeña aristocracia de los blancos de la Asunción, como en tiempo de la «reducción» habían obedecido á sus confesores los misioneros jesuitas; habían realizado pronto su revolución política desprendiéndose escrupulosamente de toda solidaridad con sus vecinos de la Argentina. Durante más de un cuarto de siglo, el pequeño Estado llamado república del Paraguay, quedó casi tan completamente cerrado á los extranjeros como lo estaba entonces la China y el Japón. Verdad es que aquel cierre fué impuesto por un hombre, tipo no igualado de aquellos déspotas á los cuales obedece ciegamente todo un pueblo. Francia, hijo de un francés y de una paraguaya, se trazó una línea de conducta rigurosa de la que no se separó nunca. Reinó por el terror, aunque sin crueldad: dueño de las almas, lo era de los cuerpos, siendo á la vez dictador político y confesor universal.

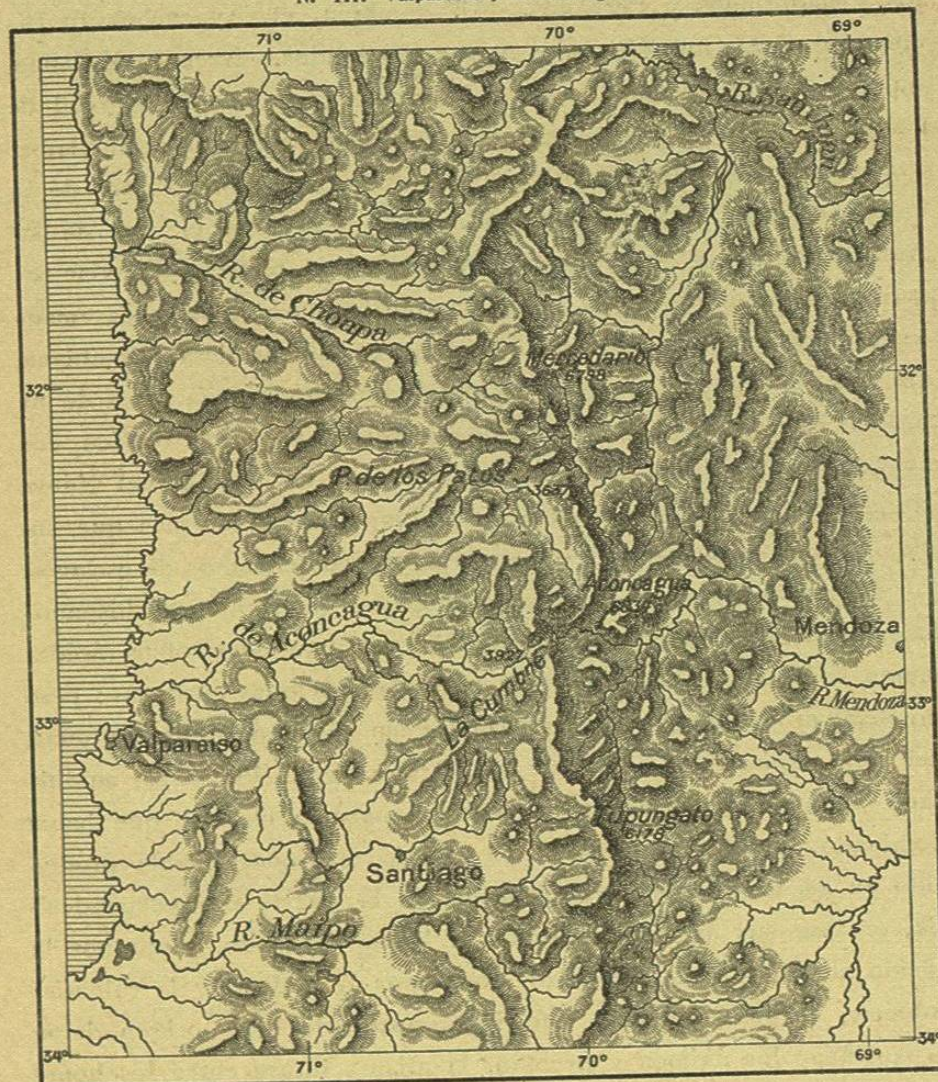
Todas las demás poblaciones sublevadas de la América española se sentían felizmente solidarias en sus reivindicaciones contra sus antiguos dominadores, y la Argentina dió de ello glorioso ejemplo, en 1817, cuando los cinco mil hombres que formaban el ejército de San Martín pasaron los Andes con todo su tren de guerra para

socorrer á los insurgentes de Chile. Las tropas españolas esperaban al enemigo á la salida del desfiladero de la Cumbre, por donde pasaba la senda seguida por todos los viajeros, pero el general argentino, ocultando su marcha, se dirigió al Norte, por Valle Hermoso, hacia un desfiladero ó *boqueti* de 3,565 metros de altura, desde donde bajó por la vertiente del Pacífico para rodear las posiciones de los Españoles é infligirles en Chacabuco una primera derrota, seguida un año después de la victoria decisiva de Maipo. Una flotilla chilena impidió en el litoral toda tentativa española.

En la parte septentrional del continente, también á la solidaridad de los pequeños ejércitos insurrectos formados en distintos puntos del territorio, desde las bocas del Orinoco hasta las tierras salinas del Atacama, debieron las repúblicas americanas el poder conquistar su independencia después de terribles peripecias y hasta de desastres que parecían definitivos. En Caracas estalló la revolución contra el régimen español en 1810: pronto fué sofocada, considerándose por los numerosos devotos de la comarca el terremoto que derrumbó la capital y otras varias ciudades de Venezuela como un castigo de lo alto. Pero la lucha se renovó sobre otros puntos, especialmente en Nueva Granada; y algunos triunfos militares obtenidos por el patriota Bolívar le abrieron las puertas de Caracas (1813). Por segunda vez tuvo que huir y emprender nuevamente la campaña de las mesetas neo-granadinas; mas, perseguido por el fracaso, se retiró otra vez al extranjero; después, en 1816, volvió á aparecer en Venezuela y esta vez pudo luchar con encarnizamiento sin abandonar el territorio disputado, y para asegurarse el concurso de los esclavos comenzó proclamando la abolición de la esclavitud. Entonces tomó la guerra verdadero aspecto revolucionario y republicano; el rey Fernando VII fué olvidado, y los *Llaneros* de las grandes llanuras de Venezuela, no menos atrevidos que los *Gauchos* de las pampas platenses, recorrían el espacio en sus rápidos caballos, embriagados con su salvaje independencia. Agrupándose y dispersándose alternativamente, sorprendían al enemigo ó desaparecían de repente; hasta se vió un escuadrón de esas bandas lanzarse en pleno río para apoderarse á nado de una flotilla española. Según la leyenda, aquella maravillosa caballería se componía de fantasmas: eran almas

del otro mundo, aparecidos que rodeaban al general Páez, el mejor teniente de Bolívar. En el otro campo estaba el gobernador general, quien escribió al rey dándole cuenta de una victoria sobre los

N.º 441. Valparaíso y el Aconcagua.



1: 2 500 000

0 50 100 150 Kil.

Colombianos: « Todo el que sabe leer y escribir ha sido tratado como rebelde; destruyendo todos los que tienen ese saber, espero cortar de raíz el espíritu de rebelión ».

En 1819, la región de las montañas granadinas quedó libre de soldados españoles; dos años después, la victoria de Carabobo (Junio 1821), daba la independencia á Venezuela, pero Puerto Cabello resistió hasta 1823. De vez en cuando acudía Bolívar en socorro de los Ecuatorianos y Peruanos. Allá también, en Ayacucho (19 Diciembre 1824), los Españoles fueron derrotados. Excepto el Callao, que no sucumbió hasta 1826, todo el inmenso imperio colonial de Felipe II se había constituido en repúblicas nominales, sin haber conquistado aún sus libertades cívicas, pero ya en pleno goce de su independencia como Estados autónomos. Hasta en el mar de las Antillas, donde el gobierno español podía más fácilmente enviar socorros, la mitad de la isla Española que le quedaba se había emancipado también de su poder, primeramente bajo bandera colombiana, después en alianza con Haití. España conservó todavía cerca de un siglo la isla de Cuba, «la Perla de las Antillas», y Puerto Rico, con un cortejo de islotes escasamente habitados. De todo aquel Nuevo Mundo que le había dado Colón, no supo conservar más que sus plantaciones de azúcar y de tabaco con sus campamentos de esclavos.

Libres de amos ó tutores extranjeros, las repúblicas hispano-americanas se aprovecharon de su libertad para desarrollar rápidamente su comercio, ya abierto á todas las naciones europeas; pero no dejaban de quedar penetradas de las preocupaciones antiguas, del viejo espíritu teocrático de los Aztecas y de los Incas, modificado apenas por el régimen de la monarquía clerical que había dominado durante tres siglos. El cambio más considerable producido en las masas populares procedía de la guerra de independencia, en que sus diversas pasiones se habían exaltado, tanto por la afición al pillaje y la ferocidad, como por la audacia y la valentía. Además, el libre contacto con inmigrantes de todo origen debía expansionar los ánimos y preparar la alianza futura entre los hombres. Pero las repúblicas nacientes no estaban aún dispuestas á unirse en esa gran federación á que les conducían esas luchas comunes recientemente soportadas, la experiencia de tribulaciones análogas, el recuerdo de los mismos sufrimientos, el uso de una lengua culta y la disposición geográfica del continente, tan bien equilibrado en sus contornos, que les sirve de morada.

El Congreso de Panamá, al que Bolívar invitó á los republicanos representantes de las repúblicas hispano-americanas (1824), no produjo más que cambio de cortesías y resoluciones sin alcance: era imposible que poblaciones todavía bárbaras, como lo eran los descendientes mestizos de los Muyscas, de los Quichuas, de los Aymaras y de los Araucanos pudieran apreciar el valor de la unión federal entre comarcas lejanas que apenas conocían de nombre, y ni siquiera comprender el sentido de la elección que Bolívar había hecho de Panamá como anfictionía de la América emancipada. ¿Qué podían saber de aquella antesala de los dos mares, destinada á convertirse un día en el gran intermediario de las riquezas sobre la redondez terrestre? Además, el movimiento de reacción que sucede siempre



Gabinete de las Estampas.

Biblioteca Nacional.

SIMÓN BOLÍVAR, 1783-1830

á las convulsiones repentinas, se producía entonces en todos aquellos Estados, y el mismo Bolívar, que se empeñaba en la obra imposible de acumular presidencias de repúblicas, contribuyó en gran parte á aquella obra retrógrada: reemplazando á los antiguos dominadores, quiso gobernar por los mismos medios, supresión de periódicos, restablecimiento de los monasterios y sus escuelas, intervenciones militares y restauración de la dictadura; pero no tuvo tiempo de ejercer el poder absoluto. Depuesto con honor, se extinguió (1830) en su territorio de San Pedro, cerca de Santa Marta, quejándose del destino: «¿Qué hemos hecho, sino arar en el mar?»

exclamaba. ¿Había comprendido acaso los acontecimientos en que fué principal actor, y que, desprendiendo de España sus antiguas colonias, las habían hecho entrar en la gran confederación de naciones progresistas, libremente abiertas á la influencia de la civilización europea?

Al mismo tiempo que España, el pequeño reino de Portugal vió escapársele sus inmensas posesiones coloniales del Nuevo Mundo, en apariencia como rechazo de las revoluciones de Europa, pero en realidad por incompatibilidad de humor entre las autoridades de la metrópoli y los habitantes de la colonia. Los Portugueses de América, que habían llegado á ser casi tan numerosos como los del litoral de origen, se sentían bastante fuertes para negar obediencia á las órdenes llegadas de Lisboa y pretendían gobernarse por sí mismos. Sobre este asunto se halló tan unánime la opinión, que el Brasil, manifestándose como Estado monárquico, se desprendió de Portugal sin crisis revolucionaria, hasta sin efusión de sangre; le bastó, en 1822, dar la elección á su regente Pedro de Braganza entre el destierro ó un trono imperial. Entre su lealtad de soldado y su ambición de príncipe, no vaciló el personaje, y el Brasil tomó su rango entre los grandes Estados autónomos.

En tanto que el territorio de la civilización de tipo europeo se aumentaba en el Nuevo Mundo con todas las regions continentales donde se hablaban las lenguas de Iberia, español y portugués, se anexionaba en la cuenca del Mediterráneo aquella pequeña tierra de Grecia, preciosa herencia de los tiempos pasados que los conquistadores Osmanli habían unido violentamente durante algunos siglos al mundo de la cultura asiática. Por un movimiento de reflujo en sentido de Occidente á Oriente, Europa adquiría nuevamente la comarca que, entre todas, debía ser considerada como el país mismo de los orígenes, aquel en que, cien generaciones antes, se había realizado aquella gran labor intelectual y moral que fué el punto de partida de nuestra actividad moderna.

Después de la intervención rusa, en 1770, los Helenos de la Morea y de las islas tuvieron que sufrir terribles represalias, sobre todo por parte de las bandas albanesas que el gobierno turco

había soltado en Grecia con licencia de asesinato y de pillaje. Otra vez surgió la duda de si los vencidos podrían sobreponerse á sus desastres.

Es indudable que la raza griega, ó, por mejor decir, el conjunto de las diversas poblaciones que hablaban el idioma helénico y que se comprendía bajo el nombre de «Griegos», hubiera sido completamente exterminada y jamás hubiera podido resurgir la nación, si el régimen impuesto por los conquistadores turcos después de la toma de Constantinopla hubiese durado algunas generaciones. Todos los Griegos habían sido declarados esclavos, sin derecho á disponer de nada en propiedad, y desde la edad de diez años cada uno había de pagar un tributo, el *haratzsch*, para rescatar un año de vida. Los cristianos habían de entregar anualmente de cada cinco hijos uno, para educarle en el culto de Islam y adiestrarle en la guerra contra sus propios compatriotas. Muchas madres mataban sus hijos con sus propias manos para sustraerlos á tan terrible destino; después se mataban ellas también. Felizmente, los Turcos ignorantes, incapaces de dirigir la administración formalista de lo que fué imperio bizantino, habían de confiar ese trabajo á los extranjeros, es decir, precisamente á unos Griegos que adquirirían responsabilidad por el conjunto de su nación, y que, mediante dinero ó ciertas complacencias, solían lograr la concesión de privilegios para sí mismos ó para las gentes de su nacionalidad. Pronto llegó el día en que los Griegos no fueron ya obligados á entregar sus hijos para el servicio de las armas, y hasta muchos de ellos, gracias á su flexibilidad y á su inteligencia, llegaron á ejercer funciones diplomáticas muy elevadas, como *drogmans* (intérpretes), secretarios y embajadores efectivos, si no oficiales.

Además unos Fanariotas, ó sea Griegos nacidos en el barrio de Constantinopla llamado el Phanar ó el «fanal», obtuvieron en 1731 la dominación de la Moldavia y de la Valaquia bajo el señorío feudal del sultán. Por otra parte los dominadores Osmanli no ejercían exacciones prudentes: se apropiaban las tierras, ó se limitaban á apoderarse de las cosechas, á saquear las casas, á exigir dobles ó triples impuestos y á apalear á los descontentos; pero en su agrupación cívica los Griegos habían conservado siempre las

antiguas costumbres, y la dirección de sus escuelas y de sus iglesias bajo la responsabilidad de arcontes ó demogerontes. No sólo la práctica sino también el estudio de su lengua habían contribuido á conservar en ellos la conciencia de la unidad nacional. Los Turcos les permitían además el libre ejercicio de su religión y daban á su patriarca un lugar eminente al lado de la Sublime Puerta: tan lejos llevaban los vencedores la tolerancia del desprecio, que los ortodoxos griegos pedían á Dios y á los santos en sus oraciones diarias la destrucción de los bárbaros, es decir, de los Turcos, sus dominadores¹.

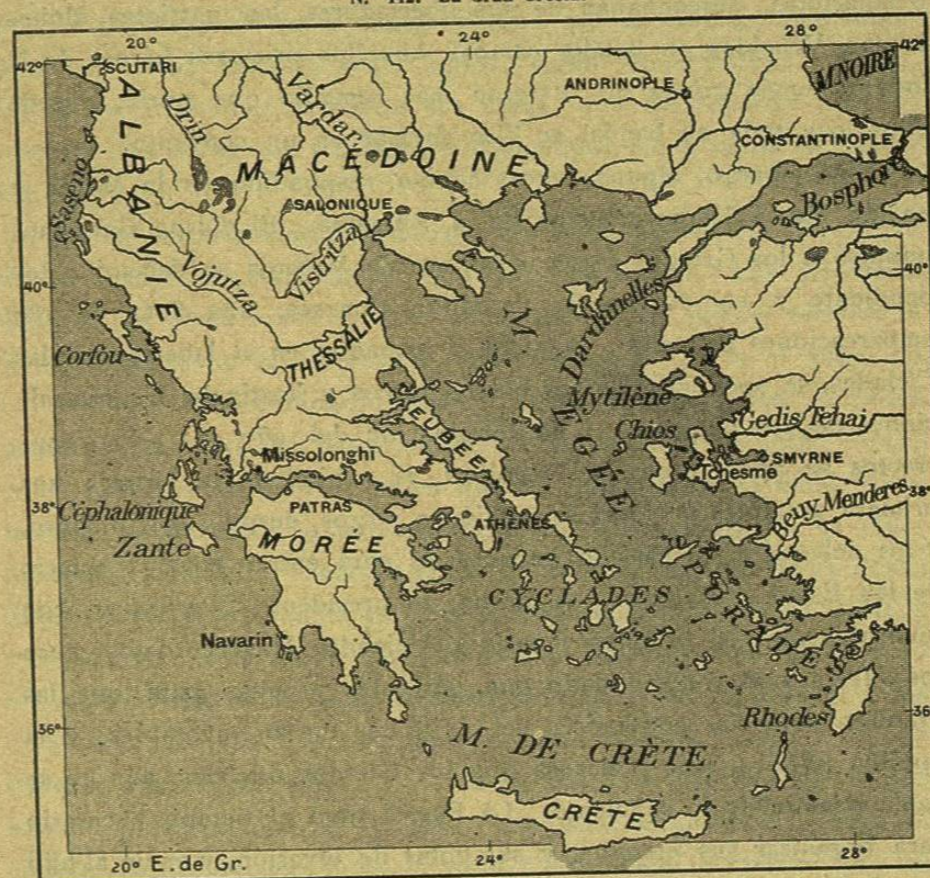
La apropiación de las tierras por los pachás turcos perjudicó á los Griegos desposeídos, obligándoles á inclinar su genio nacional hacia la industria y sobre todo hacia el comercio: ese cambio de trabajo tuvo por consecuencia entregar todo el movimiento de los cambios á hombres que por su nombre, su lengua, su apariencia misma y frecuentemente por su propaganda activa, eran los portadores del espíritu de independencia y en todos los puntos del Oriente helénico unían los elementos de una constante conjuración. Por último, aún existían Griegos que, á pesar de la conquista mahometana, habían sabido guardar intacto el tesoro de su nacionalidad: eran los Armatoles de Tracia, de Macedonia y de Tesalia, que se albergaban en los altos valles, en las mesetas escarpadas, y que, gracias á la complicidad de los campesinos de abajo, solían presentarse repentinamente en las granjas de los Osmanli; eran también los Klephtas, ó bandidos del Epiro, del Parnaso y del Taigeto, que defendían fieramente su «libertad sobre la montaña». Esos bandidos fueron los Griegos por excelencia y suministraron sus más atrevidos, sus más tenaces campeones á la libertad renaciente de la nación. Entre ellos continuó el florecimiento literario del idioma, enriqueciéndole con sus soberbios cantos, que llegaron á ser casi una epopeya durante la guerra de la Independencia.

Al final del imperio napoleónico, unos Griegos patriotas se dirigieron á los diplomáticos reunidos en Viena pidiéndoles que comprendieran la Helade en su plan de recomposición del equilibrio

¹ A. Genadios, *La Grèce Moderne et la Guerre de l'Indépendance*, trad. por Louis Ménard.

européo: pero su petición fué rechazada desdeñosamente; no les quedaba más recurso que contar consigo mismos y constituirse en distintos puntos en sociedades secretas, ya para cultivar sencillamente su ideal, ya para preparar las conspiraciones en vista de la revolución

N.º 442. La Gran Grecia.



1: 7 500 000

0 100 200 400 Kil.

futura. Así se fundaron ó desarrollaron las sociedades atenienses de los Filomus, y después en Tesalia la Hetairia ó «camaradería fraternal», que inspiraba el poeta Constantino Rhigas. En 1821 se sublevaron unos hetairistas en Rumanía, contando con el prestigio de su jefe, el príncipe Alejandro Ypsilanti, que era hijo de un hospodar válaco y general ruso: acaso esperaban también la intervención del emperador de Rusia, á quien atribuían la piadosa ambi-